

El exclusivismo traductológico: ¿un mito *völkisch*?

Jean-Baptiste Dussert
 Universidad de París-Sur,
 Universidad de París Panthéon-Sorbonne y
 Universidad Católica de Lovaina

Resumen: Martin Heidegger se hizo célebre por la voluntad de repetir la pregunta por el ser. Este trámite está basado en el postulado de que el griego sólo es el *lógos*. Es por eso que se esfuerza tercamente en regresar a este idioma madre para resucitar la experiencia original y casi mística de una identidad entre las palabras y las cosas. Pero la idea subyacente es también que el alemán sería el único idioma moderno capaz de traducir el griego antiguo respetando a su fuerza ontológica, o de reintegrar el significado del ser. No podemos dejar de relacionar este “exclusivismo traductológico”, esta supremacía filosófica del idioma germánico, con el proceso entablado al pensamiento heideggeriano. En este artículo, me pregunto si este proceso es típico del pensamiento nazi, de la ideología *völkisch* o si está relacionado con un nacionalismo mucho más antiguo.

Palabras clave: traducción, Heidegger, nacionalsocialismo, *völkisch*, ontología.

No se puede hoy estudiar a Heidegger sin tomar posición sobre sus lazos con el nazismo. Pero quiero huir del desatinado conflicto que opone en Francia a sus aduladores y a sus despreciadores, adoptando el juicio de Barbara Cassin y Alain Badiou, quienes afirman que Heidegger fue uno de los más importantes filósofos del siglo XX y un nazi muy ordinario. Sin embargo no considero esto como una paradoja sino como un reto. Debemos tener todo en cuenta y ver cómo su pensamiento entra en el marco de un nacionalismo que no se confunde con el nazismo.

Si se estima que la lengua heideggeriana es sospechosa, la mejor manera de estudiar sus motivos *völkisch*, no es tratar de su estilo, sino de la traducción, porque *pensar la traducción significa confrontarse con la “extranjería”, con la alteridad lingüística y nacional*. Por consiguiente, es cuando Heidegger traduce o comenta la traducción que debe revelar su verdadero rostro. Sin embargo, dos observaciones vienen a la mente de cualquier lector del filósofo de la Selva Negra. Por una parte, veneraba el griego antiguo y consagró varios escritos a explicitar algunos términos de esta lengua. Por otra parte, su estilo es singular por la intimidad excepcional que tiene con el alemán y su etimología. Pero esto no constituye ninguna originalidad. ¿No tienen todos los filósofos una propensión al filohelenismo y a la germanofilia? ¿No son, ambas lenguas, aquellas en las que se escribieron los grandes textos filosóficos? Nos damos cuenta de que no es tan fácil juzgar a Heidegger, porque compartimos algunas de sus ideas que, pensándolo bien, son “casi nacionalistas”. Más precisamente, damos sin vergüenza nuestro asentimiento a un “filocentrismo” además del occidentalocentrismo. Está muy extendido el prejuicio que hay pueblos y lenguas más

filosóficos que otros, incluyendo los filósofos postmodernos. Esto no impide que tropecemos con un problema que es difícil de resolver, y que, sin embargo, debemos vencer, si queremos juzgar rectamente a Heidegger.

No será suficiente denunciar su “nacionalismo intelectual”, sino que habrá que examinar la tesis en su principio, confirmarla o refutarla: *algunos pueblos tienen más facilidad que otros para la filosofía, no todas las lenguas son iguales ante la filosofía, y por consiguiente, ante la traducción*. Lo que quiero examinar, en esta ponencia, es el “*exclusivismo traductológico*” que resulta de la obra de Heidegger. En otras palabras, es la idea de que la filosofía nació de un lengua ahora “muerta”, el griego, y que sólo algunas lenguas podrían traducirlo; y el alemán de modo exclusivo, según el supuesto germanocentrismo de Heidegger.

Heidegger tiene como objetivo sacar del olvido la pregunta por el ser, lo que le lleva a estudiar y comentar los textos griegos antiguos. Para ello, aunque era un excelente helenista, disponía de varias traducciones. Por consiguiente, no había podido dedicar más que un tiempo bastante breve a la crítica de las traducciones existentes, y filosofar a continuación. Pero, leyendo sus obras, observamos que aun cuando estudie autores modernos, vuelve a la fuente antigua, traduce y comenta detenidamente. *Casi podríamos enteramente describir el arte de filosofar de Heidegger como un trabajo de traducción y de comentario de la traducción*. A primera vista, es decepcionante esta manera de filosofar. ¿Es esto filosofía? ¿Es traducir? ¿Qué problema plantea la traducción que merezca la pena detenerse en ello? El primer problema que se plantea es, dice Heidegger, que “la traducción [...] contiene ya la interpretación” („Die [...] *Übersetzung enthält schon die Auslegung*“)¹. Toda persona que se haya ejercitado en la traducción o que la haya comparado con el texto original, sabe que jamás el resultado es idéntico con el modelo, que siempre hay una pérdida de sentido. No sólo el traductor tiene su propia lectura, sino que se ve obligado a insistir en tal acepción. *Reescribiendo un texto en otra lengua, el traductor propone una lectura tal, que espontáneamente e inevitablemente es una interpretación*. Sin embargo, Heidegger precisa y completa su comentario en otro texto: “reconocemos que toda traducción debe ser una interpretación. Pero, al mismo tiempo, lo contrario también es cierto: cada interpretación, y todo lo que está en su servicio, es una traducción.”² ¿Qué significa esta reciprocidad?

¹ HEIDEGGER, M: Parménides. Madrid, Akal, 2005, p. 8.

² HEIDEGGER, M: Hölderlins Hymne »Der Ister«. Frankfurt am Main, 1984, p. 75. La traducción es mía.

² HEIDEGGER, M: Hölderlins Hymne »Der Ister«. Frankfurt am Main, 1984, p. 75. La traducción es mía.

Por una parte, toda traducción es una interpretación por las razones que acabo de exponer, porque la traducción resulta de decisiones del traductor. Pero, diciendo esto, Heidegger nos pone en guardia contra un primer peligro de la lectura. *Tenemos la debilidad de creer que la traducción restituye la totalidad del pensamiento del texto traducido.* Ahora bien, el adverbio “*schon*” insiste mucho en el hecho de que *apenas se propone una traducción, YA se da una interpretación*, y el verbo “*enthalten*”, en el hecho de que *esa interpretación está escondida*. Por consiguiente, la interpretación que propone después el lector no puede ser idéntica a la del traductor, de tal manera que el filósofo debe ir más allá de la simple lectura y ofrecer una verdadera “explicación” (*Erläuterung*). Pero luego, podemos considerar que, *en el aspecto de la interpretación como contenido de la escritura, entendida como el acto intelectual de escribir, no se distingue el traductor del escritor.* El escritor escoge palabras para expresar sus ideas. Pero esto no es anodino, porque debe aclarar sus conceptos hasta preferir tales términos para reflejarlos. Así se expone al doble riesgo de no traducir bien sus pensamientos por sí mismo y por su lector. El uno y el otro tratan de acceder por el rodeo de la escritura al mismo contenido intelectual. Que sea íntimo por el uno y ajeno por el otro no cambia nada en este caso. Es sólo el grado de alteridad que difiere. En cuanto al traductor, es un lector a la par que un escritor, porque debe postular el significado intencional del autor, que intenta adivinar tras la elección de sus palabras, y después escoger también palabras para expresar las ideas ajenas. Podemos por lo tanto considerar que *toda escritura es una interpretación.* En este sentido parece moverse Heidegger.

Por otra parte, declara en efecto que toda interpretación es una traducción. Esto se entiende mejor a partir de las reflexiones precedentes, a saber, que toda escritura es una interpretación, en la medida en que toda escritura contiene una interpretación. Desde este punto de vista, *cada lengua posee una cierta extranjería*, que no caracteriza sólo a las lenguas extranjeras, sino también a la propia lengua. Así la traducción ya no queda reducida a la transferencia intercultural. Heidegger llega incluso a decir que “constantemente estamos traduciendo nuestro propio lenguaje, nuestra lengua materna, en su palabra genuina”³. Entonces, ya que la traducción es el proceso constitutivo de la escritura, parece que debemos considerar la teoría lingüística de Heidegger, derivada de su “traductología”, como contraria a todo etnocentrismo. Parece decir que todas las lenguas son iguales, ya que todas contienen una interpretación y necesitan una explicación. Va más allá, explicando que el alemán le pone en mayor peligro, y también todos los germanohablantes, porque “la

³ HEIDEGGER, M: Parménides. Madrid, Akal, 2005, p. 19.

lengua alemana es familiar para nosotros”⁴. Así la igual extranjería de las lenguas no es compensada por la familiaridad de la lengua materna. Por el contrario, es precisamente porque tiene un claro entendimiento del texto alemán por lo que un germanohablante necesita una explicación. A propósito de una traducción, Heidegger dice: “Precisamente porque ésta habla en palabras de nuestro lenguaje, aumenta de hecho el peligro de una interpretación errónea”⁵. Así nos muestra un rostro inesperado, porque parece opuesto a todo logocentrismo o etnocentrismo, asumiendo *la igualdad de las lenguas y aun cierta inferioridad del alemán*. El problema, obviamente, no es tan sencillo como parece.

Esta extranjería de las lenguas es no obstante relativa. En efecto, *todas las lenguas tienen necesidad de ser traducidas para sus usuarios, con excepción del griego antiguo*. Heidegger parece insinuar que los helenos tenían una proximidad única con su lengua, que no les exponía al riesgo de la familiaridad. Explica esta singularidad en estos términos: “la lengua griega no es una lengua cualquiera como las demás lenguas europeas que nos son familiares. La lengua griega, y sólo ella, es λόγος. [...] en la lengua griega lo dicho en ella es al mismo tiempo, por modo eminente, aquello que lo dicho nombra. Cuando oímos en griego una palabra griega, entonces seguimos su λέγειν, su exponer inmediato. Lo que aquél expone es lo que-está-delante (*das Vorliegende*). Merced a la palabra oída en griego estamos de modo inmediato junto a la cosa que-está-delante misma, no por de pronto junto a una mera significación verbal.”⁶ Resulta de este pasaje que nuestra extranjería a todas las lenguas modernas resulta del hecho que ya no seguimos su λέγειν, que *la necesidad de traducción está relacionada con el olvido de la pregunta por el ser*. Entonces, podemos notar que, no teniendo el griego esa extranjería que requiere una traducción, *se establece una primera “jerarquía”, con el griego antiguo sobrepasando a todas las lenguas, tanto pasadas como futuras*. La pregunta consiste ahora en saber cuándo se produjo este acontecimiento (*Ereignis*) que hizo perder esta familiaridad positiva al griego, al mismo tiempo que hizo seguramente olvidar la pregunta por el ser.

La paradoja es que el acontecimiento que hizo necesaria la traducción entre todas las lenguas es él mismo una traducción, el paso del griego al latín. Heidegger debería adoptar una posición moderada a su respecto, porque si provocó la pérdida de sentido del λόγος y el comienzo de olvido del ser, no podía ignorar que la “decadencia” empezó con la

⁴ HEIDEGGER, M: Parménides. Madrid, Akal, 2005, p. 15.

⁵ HEIDEGGER, M: Parménides. Madrid, Akal, 2005, p. 15.

⁶ HEIDEGGER, M: ¿Qué es eso de filosofía?. Buenos Aires, Sur, 1960, p. 25.

metafísica de Aristoteles y que los contrasentidos romanos fueron creativos. Sería interesante hacer la lista de las palabras desnaturalizadas examinadas por Heidegger, pero pensamos espontáneamente en ὑποκείμενον/*subjectum* o en ζῷον λόγον ἔχον/*animal rationale*. Ahora bien, interesándose por la pareja φύσις/*natura*, esto es lo que Heidegger observa: “Con esta traducción latina ya se margina el significado originario de la palabra griega [...] y se anula su fuerza nominativa propiamente filosófica. Esto vale no solo para la traducción latina de *esta* palabra, sino para todas las otras traducciones romanas del lenguaje filosófico griego. El proceso de esta traducción del griego al latín no es nada casual ni inocuo, sino que se trata de la primera etapa del proceso del aislamiento y enajenación de la esencia originaria de la filosofía griega.”⁷

Este juicio no choca con el sentimiento de los filósofos que admiten que la filosofía latina es inferior a la filosofía griega. Pero podemos formular dos observaciones. La primera es que este punto de historia filosófica no carece de una dimensión política, porque Heidegger saca partido de su crítica de la latinización para denunciar, en plena guerra, el imperialismo romano. Aunque su posición resulta alusiva y difícil de determinar, sería más bien un argumento en su favor. La segunda observación trata de la naturaleza del acontecimiento, es decir, de saber si fue histórico o cultural. En otros términos, si la desaparición del genio griego coincidió con su romanización, se puede preguntar si se perpetuó o si se desarrolló en otro lugar. *Es efectivamente a la cultura latina a la que Heidegger acusa*. “Sería bueno”, dice éste, considerar “qué decisiva transformación ha sufrido el pensamiento griego al ser traducido al latín, un acontecimiento que aún hoy nos impide una comprensión suficiente de las palabras clave del pensamiento griego.”⁸ Pero es igualmente cierto que Heidegger plantea el problema más general de la traducción. Más allá de su latinidad, es sólo porque los Romanos han traducido que se han extraviado: “El pensamiento se traduce tan escasamente como la poesía. Como mucho puede transcribirse. En cuanto se hace una traducción literal, todo resulta alterado.”⁹ En otras palabras, *Heidegger se adhiere a la tesis de la intraducibilidad universal*. Sólo el intercambio de datos brutos, económicos o científicos, se libra de esta fatalidad. Así pues, no deja de quejarse de este acontecimiento romano cuyas consecuencias son irreversibles. *Ninguna explicación de la interpretación errónea contenida en la traducción latina original puede poner remedio a esta equivocación*.

⁷ HEIDEGGER, M: Introducción a la metafísica. Barcelona, Gedisa, 2001, p. 22.

⁸ HEIDEGGER, M: La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del *Spiegel*. Madrid, Tecnos, 1996, p. 80.

⁹ HEIDEGGER, M: La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del *Spiegel*. Madrid, Tecnos, 1989, p. 80.

Pero esta conclusión tendría que poner en tela de juicio la intención de Heidegger en su obra. ¿Cómo repetir la pregunta por el ser si el acceso al pensamiento griego antiguo nos es impedido por la traducción latina original?

Se adivina la respuesta. *Sólo Heidegger se cree en estado de pensar de manera griega porque habla alemán.* ¿Cómo es esto posible? ¿No escribía que su propia lengua debía ser traducida para sus usuarios, que la familiaridad con éste era más peligrosa? Entendámoslo bien. No se trata realmente de decir que el alemán es el equivalente del griego antiguo, sino más bien que es el más próximo a esta lengua muerta, que sólo puede traducirlo. Heidegger considera que “la lengua griega [...] (en cuanto a las posibilidades del pensamiento) es, al lado de la alemana, la más poderosa y espiritual.”¹⁰ Así, Heidegger reformula la completa jerarquía. *Es filosóficamente el más poderoso el griego, seguido por el alemán, a un nivel casi igual, y por todas las otras lenguas, muy debajo.* Intentemos entender esta tesis que indigna. El “acontecimiento de la romanización del griego” tuvo consecuencias irremediables, que no atañen sólo a países de cultura latina, pero constituyen nuestra modernidad; en este sentido, “vemos aún hoy el mundo griego con ojos romanos”¹¹. Ahora bien, para traducir el griego, es decir, para entender las palabras con un oído griego, no es suficiente sacar a la luz el sentido, sino que es preciso rodear el “baluarte”¹² (*Bollwerk*) romano que ha obstruido el dominio de esencia de lo griego (Heidegger se sirve de la metáfora militar para hablar del *imperium*). Admitamos el postulado de esta incapacidad de pensar de manera griega por los pensadores de lengua y cultura latinas. ¿Por qué el alemán será más capaz de hacer esto? ¿Da razones Heidegger para esta alegación o sólo es un resto del nacionalismo de su generación? Al contrario, en la entrevista que concedió a la revista *Der Spiegel*, una especie de testamento en el que debía arreglar el problema de su compromiso con el nazismo, se empeña en hablar del “particular e íntimo parentesco de la lengua alemana con la lengua de los griegos y con su pensamiento”¹³. *Asume perfectamente que este parentesco funda la superioridad filosófica del alemán sobre todas las lenguas modernas.* Recordemos las circunstancias de estas palabras. Habiendo respondido a la invitación del famoso resistente y poeta francés René Char, Heidegger había hecho el viaje a Provenza, tierra latina y helénica, dónde había dado varias entrevistas, entre el 5 y el 10 de septiembre de 1966, conocidas como el Seminario

¹⁰ HEIDEGGER, M: Introducción a la metafísica. Barcelona, Gedisa, 2001, 59.

¹¹ HEIDEGGER, M: Parménides. Madrid, Akal, 2005, p. 58.

¹² HEIDEGGER, M: Parménides. Madrid, Akal, 2005, p. 71.

¹³ HEIDEGGER, M: La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del *Spiegel*. Madrid, Tecnos, 1989, p. 80.

del Thor. Menos de quince días más tarde, estaba de vuelta en su casa de Friburgo de Brisgovia. ¿Y qué dice, el 23 de septiembre, al periodista que le pregunta sobre el parentesco del alemán con el griego antiguo? “Esto me lo confirman hoy una y otra vez los franceses. Cuando empiezan a pensar, hablan alemán; aseguran que no se las arreglan con su lengua. [...] ven que con toda su gran racionalidad no consiguen calar en el mundo actual, cuando se trata de comprender el origen de su esencia.”¹⁴

No pongo en duda las declaraciones que relata. Creo sin dificultad que viles aduladores, beatos de admiración ante el maestro, y atolondrados por su germanofilia, le hayan aportado esta confirmación. Admito también que es corriente la referencia al alemán. Pero de ahí a decir que, incluso en el único “mundo actual”, un filósofo francés sólo podría pensar en alemán, hay un gran trecho. Naturalmente, cualquiera puede obstinarse en justificar sus palabras, decir que sólo es ontológica y no racional la inferioridad del francés. Pero debemos conservar nuestro sentido crítico y admitir que Heidegger dice aquí una enormidad, que nos informa sobre cierta ligereza o desmayo del gran espíritu. Fíjense bien que *no sólo afirma la superioridad del alemán sobre todas las lenguas, sino que los pensadores de lenguas latinas—lo siento, tanto los hispanófonos como los francófonos—sólo podrían pensar en alemán.*

Hay dos maneras de interpretar esta posición. La primera consiste, para el mundo germánico, en sacar provecho del hecho que no fue romanizado en su mayor parte. Si consideramos que la traducción de los términos griegos en latín fue el acontecimiento que nos impidió seguir su λέγειν, entonces Alemania escapó a ello, ya que, en su mayor parte, no formaba parte del Imperio. Pero esto no puede significar que los Germanos recogieron el “patrimonio filosófico” de los griegos antes de su romanización y de su pérdida. Los Germanos tenían ningún contacto con el mundo helénico, y las huellas de una influencia lingüística del griego sobre el alemán son bastante menos importantes que sobre las lenguas latinas. ¿Entonces cómo explicar este privilegio del alemán, si lo admitimos una vez más como un postulado? Me parece que, *para Heidegger, sólo una lengua “primitiva” tiene la capacidad de que lo dicho nombra sea lo que-está-delante.* “Primitiva” no debe ser entendido como “bárbara” o “rudimentaria”, lo que quizá correspondería a los Germanos de aquella época, pero no a los Griegos. “Primitiva” designaría los primeros tiempos de una cultura, cuando la lengua tiene esta “inmediatez” que sería propicia, y sólo ella lo sería, para la eclosión de un pensamiento filosófico. ¿Si no, cómo explicaríamos que el griego haya perdido esta

¹⁴ HEIDEGGER, M: La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del *Spiegel*. Madrid, Tecnos, 1989, p. 80.

facultad, que el alemán la haya conservado relativamente, no estando “desnaturalizada” por la influencia latina? Pero esta teoría plantea una observación en forma de desaprobación. ¿Si todas las lenguas han conocido este estadio de desarrollo, esta primitividad potencialmente y espontáneamente filosófica, cómo explicar que el latín haya fallado este edad de oro del pensamiento? A despecho de todos los intentos de justificar o racionalizar este pensamiento de Heidegger, vemos que *esta teoría mantiene el fantasma de una “lengua elegida” que entra en el marco del nacionalismo.*

Se podría estimar que una de las causas del nazismo es el complejo de inferioridad nacido del hecho que Alemania nunca formó parte del Imperio romano. Primero, a pesar de una influencia que experimentó finalmente a semejanza de todo el Occidente (consideren el Sacro Imperio), esto la condujo a denunciar la latinidad. Este tropismo, que hemos encontrado en la traductología de Heidegger, se remonta a la traducción de la Biblia por Lutero que, como se sabe, es fundadora de la identidad germánica. Naturalmente, este rechazo se presentaba, para el padre de la Reforma, como un rechazo del latín de la Iglesia, pero aquí se forma una tradición perniciosa. Luego, en la continuación de la historia del nacionalismo lingüístico, se encuentra también la idea coralaria de que la superioridad de la lengua alemana procede de la conservación de su pureza primitiva, del hecho que jamás fue contaminada por aportaciones extranjeras. Heidegger sigue siendo también muy sensible a esta idea, cuando tiene que elegir entre un término resultante del *Althochdeutsch* y del latín. Finalmente, como contrapartida de este cierto rechazo de la latinidad, se desarrolló la idea, descabellada, a fines del siglo XVIII, de que sólo la lengua alemana era comparable al griego, que sólo los alemanes eran los herederos de los griegos antiguos. De esto también estaba Heidegger completamente convencido. ¿Qué conclusiones podemos sacar de estas breves observaciones históricas aplicadas a su caso? Me parece excesivo caracterizarlo como un nazi convencido, aunque no hay duda que creyó en la revolución hitleriana durante un cierto tiempo. Yo le veo más como un simpatizante del conservadurismo nacionalista. Es leve la diferencia, pero muchos de los elementos característicos del nazismo, empezando por un antisemitismo encarnizado, me parecen ausentes de su pensamiento. En cambio, pertenecía a esta franja del electorado que, después de un siglo de odio o desprecio del extranjero, estaba muy predispuesto para seguir a Hitler en sus espantosas intenciones. Creo haber mostrado que, tratando del problema de la traducción, Heidegger recicla todos

los tópicos del nacionalismo, y que su incapacidad de salir de sus prejuicios, incluso en sus últimos textos, pone de manifiesto su inquietante ambigüedad.